

CURSO DE BIOETICA A DISTANCIA

Hna. Dra. Elena Lugo, Ph.D.

MODULO XII

Bioética al servicio de la humanidad

1. La vulnerabilidad humana esencial y circunstancial
2. Ser y hacer solidario y benévolo
3. La bioética como compromiso humanista y cristiano.

SITUACION

“Una persona amiga y apreciada por su caridad con los más pobres y débiles, le cuenta: yo cuando se trata de un vecino o un compueblano no tengo reparo en ayudar pero en cambio el dolor y sufrimiento en otros países es algo que me deja indiferente”. Luego de estudiar este Modulo redacte un comentario a la declaración de su amigo

1. La vulnerabilidad humana

Es muy sabido que todo ser viviente o creatura biológica es vulnerable, pues presenta mayor o menor fortaleza o resistencia ante sus condiciones de vida. Todo individuo de las especies biológicas, y toda comunidad conformada por estos, cuenta con más o menos capacidades en relación con sus copartícipes del entorno o coetáneos en la existencia.

Esta realidad genera en el caso del ser humano un sentimiento primordial de empatía, de comprensión compasiva y, en el mejor de los casos, una solicitud solidaria.¹ La vulnerabilidad es, por consiguiente, expresión universal de la condición humana y ello en solidaridad con otros seres vivientes, en especial con los capaces de sentir o experimentar sensaciones de placer y de dolor.

Ser persona en su especificidad supone unidad en la complejidad. Lograr y mantener esa unidad es un desafío constante a la integridad de la persona. Persona designa una unidad substancial de dimensiones físico-materiales, relacional-sociales, creativo-espirituales, moralmente libre y responsable, y que debe desarrollarse y cultivarse durante toda la vida. Examinemos lo que esta definición supone en cuanto vivencia individual, llamado a la integridad y vulnerabilidad.

a) La persona es, en primer lugar, un ser encarnado y sexuado, con lo cual se hace visible y toma contacto con un entorno espacial y temporal que le sirve de medio para sus acciones interpersonales: Desde las más íntimas en la familia hasta las más funcionales en el mundo cultural en sentido amplio. Ello supone un llamado a la *integridad en el sentido de totalidad*. En este sentido, el término “integridad” se refiere a la persona como unidad substancial, encarnada y sexuada, ordenada y completa en su modalidad de ser cuerpo y alma. Cualquier fragmentación o mal funcionamiento a nivel físico, desajuste psíquico o mala adaptación al entorno, pueden vulnerar dicha integridad.

¹ Ibíd.

b) Ser persona supone creatividad y vivencia espiritual. En virtud de esa vivencia espiritual, la persona es capaz de trascender las coordenadas del espacio y del tiempo, y anhelar el contacto con lo divino y absoluto. La persona anhela la *integridad como armonía*. Ser persona creativa y depositaria de anhelos espirituales requiere coherencia entre pensar, decidir, hacer y amar. Todo ser humano experimenta en cualquier etapa de la vida, no sólo en las tempranas, carencia de madurez, de apoyo en uno mismo en cuanto síntesis equilibrada de facultades humanas coordinadas entre sí de acuerdo a un proyecto existencial.

c) La persona, como agente moral, es libre para elegir en situaciones concretas lo correcto, pero a modo de respuesta a su concepción de la verdad sobre su ser y el bien integral correspondiente. Se trata de integridad en cuanto autodeterminación y responsabilidad. La persona es agente moral y cuenta con una esfera de autorrealización. Cualquier fallo o deficiencia en la adquisición de conocimiento moral, en la deliberación, el juicio y la decisión que pueda debilitar la experiencia de autonomía, se podría entender como vulnerabilidad en la autodeterminación.

* Buscamos la verdad, pero en esa búsqueda podemos caer en el error o estancarnos en la ignorancia.

* Luchamos por la libertad, pero ello requiere desprenderse de las múltiples ataduras internas y externas de la vida, y enfrentarse a la responsabilidad que la libertad exige. Culpa y remordimiento nos desafían a encontrar el auténtico sentido de la responsabilidad. Nos referimos a la libertad no tanto como dimensión ontológica de nuestro ser persona, sino a la vivencia existencial de sabernos libres de compulsiones internas (sean estas ideas o imágenes), capaces de dar curso al potencial interno de la razón, la voluntad y el corazón. Nuestra libertad no sólo es librarse de algo que detiene el crecimiento sino libertad para comprometerse y entregarse a un valor más allá de sí mismo.

* Anhelamos amar y ser amados. La persona no se realiza sino en la entrega amorosa total e incondicional de sí misma, pero en cada intento de donarse, la persona debe tomar en cuenta la posibilidad de la desilusión, la infidelidad o la propia insuficiencia para amar y recibir amor.

d) La persona se realiza como proyecto vital en la medida en que va formando su carácter propio, marcado principalmente por determinadas virtudes. Por eso la persona anhela la *integridad en el sentido de autenticidad*. Aquí integridad se asocia a la incorruptibilidad de carácter, a la autenticidad y honestidad personales. La posibilidad de perder fuerza interior, caer en vicios o desorientación moral señalan la existencia de la vulnerabilidad moral.

Según se ha visto, cada dimensión del ser persona entraña la posibilidad de una vivencia de precariedad. Incluye una llamada a la integridad pero simultáneamente un peligro de fragmentación o desorientación, es decir, exposición a la vulnerabilidad en el sentido primario o esencial del ser persona.

Ahora cabe preguntar: ¿Cómo se experimenta concretamente la vulnerabilidad inherente al ser persona? ¿Cómo puede manifestarse esta en cada intento de lograr y mantener la integridad personal en alguno de los cuatro sentidos recién expuestos? En la profundidad del propio ser, y de acuerdo a la modalidad de ser finito y contingente, surge una experiencia de vulnerabilidad radical: la ansiedad. El miedo revela su causa y apunta a una acción correspondiente fácil de determinar. En cambio, en el caso de la ansiedad resulta difícil identificar su causa, ya que anida en el fondo y centro de nuestro ser y confunde nuestra orientación. Según los filósofos existencialistas de fines del siglo XIX (Kierkegaard) y mediados del siglo XX (Heidegger), la ansiedad es una manifestación de nuestra conciencia ante la muerte o la desintegración total de sí mismo. El ser humano procura hacer de la vida un proyecto vital auténticamente original y sustentado en la libertad individual. Este proyecto vital nos impele a responder a las exigencias

del alma en su anhelo de verdad, libertad y, ante todo, de amor. En el curso de este proceso de respuesta se evidencia nuestra finitud y contingencia, lo cual puede generar ansiedad.

. Vulnerabilidad circunstancial

Con el adjetivo “circunstancial” designamos aquellas condiciones que intensifican o agravan la experiencia radical de vulnerabilidad en cuanto rasgo constitutivo de nuestra modalidad de ser finitos, contingentes, creados. Es decir, hay circunstancias que se derivan de la condición en sí finita del ser humano y otras que son producto de las fallas morales en la convivencia: injusticia, aspectos negativos de la desigualdad y asimetrías en la interacción humana.

Cada modalidad de vulnerabilidad puede ser, y de hecho es experimentada, en un contexto histórico y cultural, y según condiciones, psicosociales y físicas en las que nos toca vivir. Precisamente en el contexto cultural y las condiciones se generan los agravantes de la vulnerabilidad que la ética personalista debe detectar y evaluar críticamente para ofrecer pautas de acción solidaria.

El origen de muchas discriminaciones que sufren los seres humanos y que violan sus derechos más elementales, tiene mucho que ver con determinadas circunstancias como nacionalidad, raza, sexo y religión, es decir, factores que conducen a una gran parte de la humanidad a un desarrollo precario e insuficiente que puede llegar a ser indigno de la persona.

Otras circunstancias son fruto de situaciones de violencia, desprecio, por no decir odio, intereses contrapuestos que inducen a los hombres a la injusticia y a los peores crímenes contra la humanidad: terrorismo, nihilismo, fundamentalismos fanáticos e irracionales. Todo ello delata la ausencia de la solidaridad exigida directamente como deber ante la vulnerabilidad humanamente que se comparte.

a) Ahora no se habla de selección de una raza para aniquilarla, ni de expansiones imperialistas, ni siquiera del orgullo de un pueblo. Ahora la comodidad del individuo, la satisfacción de las pasiones y el deseo de prevenir todas las contingencias constituyen la excusa para no vivir con sentido de fraternidad la relación entre los pueblos o el compromiso con una humanidad destinada a ser comunidad de personas desde el inicio de los tiempos. Es decir, se trata de eliminar la vulnerabilidad propia a costa de desatender la vulnerabilidad del otro.

b) La situación de pobreza y sus nuevas características agrava la vulnerabilidad. En la actualidad el pobre no tiene igualdad de oportunidades, no es libre para obtener aquello que juzga fundamental en su vida. No goza de alimentación suficiente, ni vestido digno ni casa adecuada. No tiene acceso a los servicios básicos de salud y educación, de transporte y comunicación, de crédito y de seguridad contra los desastres naturales. Es más pobre quien no está capacitado para manejar las nuevas tecnologías y no puede competir dentro del proceso de globalización. Hoy el pobre no es sólo quien no dispone de bienes económicos, sino quien se ve privado de la posibilidad de ejercer sus capacidades, sus funciones y sus libertades.

Latinoamérica está en un proceso de empobrecimiento creciente; la nueva forma de entender y aplicar la economía (economía del conocimiento aplicado), hace que los pobres estén cada vez más alejados de aquellas condiciones que podrían hacerles superar su situación de pobreza; y esta se agrava cada vez más. Una característica emergente de los nuevos pobres es la falta de ingresos, por oposición a la falta simplemente de recursos. No obstante, los pobres podrían aprovechar los nuevos medios, para ser más industriosos a partir de la innovación y la negociación sobre nichos de mercado que favorezcan los términos del intercambio.

Condiciones psicosociales

Algunas personas nacen vulnerables y permanecen así toda la vida, otras son temporalmente vulnerables hasta alcanzar una etapa particular de la vida, y otros se convierten en temporalmente vulnerables en virtud de un trastorno médico, una situación legal o social.

La persona se desarrolla en comunidad. Su socialización se da desde un comienzo en el seno familiar para alcanzar luego ámbitos educativos, institucionales y laborales. Existen derechos y deberes inherentes a su dignidad intrínseca o esencial y dignidad dinámica. También existen derechos y deberes adquiridos como consecuencia de dicha sociabilidad. Es decir, la persona cuenta con derechos presentes en las interrelaciones con los demás hombres, y con deberes que se desprenden de sus obligaciones sociales en su convivencia social. Uno de esos deberes es procurar el bien común; y para alcanzarlo es esencial la convivencia comunitaria.

El bien común no se debe entender como el promedio estadístico de los bienes pertenecientes o pertinentes a cada cual en una concepción cuantitativa de lo social, sino como el bien que se hace realidad en todos y cada uno de los componentes de la sociedad de forma suficiente y justa.² Los valores fundamentales de la persona: la vida, la salud, la responsabilidad personal, llamados también valores humanos, deben estar protegidos no sólo por la moral (ética de la virtud en sentido aristotélico) sino también por la ley (ética de los principios - idealismo trascendental kantiano). Así pues el bien común, considerado como un fin colectivo que compete a la sociedad en sí misma, se sustenta en los principios de equidad, justicia social, paz y libertad. Es decir, el bien común está regido por valores éticos, entendiendo por tales todos aquellos que permiten dar sentido a la vida humana: valores culturales, espirituales, religiosos y morales, que forman parte de un acervo común por el cual se trata de conocer la verdad y seguir el bien, principios de la convivencia social. Lamentablemente experimentamos muchos agravantes de la vulnerabilidad que afectan a determinadas personas. Menciono algunos casos:

a. Embrión humano

Nadie tan vulnerable respecto de su propia vida como el embrión humana. A este se lo ha redefinido por algunos científicos y biotécnicos como diferenciable según sus etapas: se designa la etapa inicial de los primeros siete días con el término “preembrión”, atribuyéndole a éste pertenencia a la especie humana pero negándole el estatuto de persona y la dignidad y derechos correspondientes a la vida. La vulnerabilidad de la persona en estado embrionario es máxima; y su exposición a ser manipulado, rediseñado, reproducido por medios artificiales (técnicas de fecundación *in vitro*), clonado, destruido para extraer sus células y configurar una línea de células estaminales, etc., representan atentados graves contra su vulnerabilidad particular. Podemos afirmar lo que la embriología contemporánea atestigua cada vez con más certeza: a partir de la fecundación, cuando se establece la identidad genética personal, todo el proceso ontogénico se desarrolla de un modo coordinado, continuo y autónomo, si bien en interdependencia con el seno materno, en el cual no hay niveles que separen etapas de menor o mayor vitalidad.³

b. Ancianos

Luego, en el otro extremo de la vida, están los ancianos. Leyes en EE.UU. (Corte Suprema de California, 2006), Países Bajos y otros lugares que los imitaron, ponen en peligro la vida del

² Sgreccia, Elio, *Manual de Bioética*, México, Diana, 1996, págs.126 s.

³ Serra, Angelo, “Dignidad del embrión humano”, en: *Lexicon*, Madrid, Palabra, 2004, págs. 279 – 285.

envejeciente vulnerable en su salud o ante el portal de la muerte, por medio de la permisibilidad en el uso de drogas para facilitar su muerte (suicidio médicamente asistido). El envejecido con demencia (en EE.UU. un tercio de los mayores de 80 años la puede sufrir) representa un desafío neurológico de alta complejidad para el cuidado geriátrico.

Ya no prevalece el modelo social según el cuales ancianos conservan su posición privilegiada, por lo que gozan de bienestar material, retienen el poder y son estimados por su sabiduría y experiencia. Por el contrario, en la civilización actual científico - tecnológica, en la que reina el criterio de la utilidad, la condición social y económica de las personas ancianas es cada vez más precaria. El hombre es bueno mientras es útil. Los abuelos son útiles mientras pueden contribuir al crecimiento y educación de los nietos. La sensación de no ser útil acelera el proceso de decadencia senil e incluso la muerte. También se convierte en el principal factor psicológico de la depresión. El hombre inútil es como si estuviese condenado a la muerte social, porque no representa ningún valor, se vuelve un peso, provoca rechazo y al final termina en un instituto geriátrico por voluntad propia o de sus parientes. El hombre se convierte en obstáculo para el otro hombre, se vuelve dependiente y hace difícil la realización de los programas personales.

c. Formas de esclavitud

La ONG “Free The Slaves Network” informa que 27 millones de adultos y niños sufren bajo alguna forma de esclavitud laboral, o son víctimas de prostitución y pornografía.

d. Niños

De especial interés son también los niños. Desde 1995 quedó asumido científicamente, aun cuando el sentido siempre lo haya sostenido, que los niños necesitan afecto y cuidados individuales; que estos sólo pueden ser ofrecidos por alguien que se sienta unido afectivamente a ellos, y que esta figura habitualmente está encarnada por los padres. Lamentablemente se desestima el valor de tales vínculos, se fragmentan en hogares no funcionales y con frecuencia no existen en la convivencia de adultos y niños.

e. Minusválidos

Las personas con capacidades diferentes (minusválidas), sus familias y sus parientes forman parte de la gran familia humana. Lamentablemente, por grande que sea su número, forman un grupo minoritario y vulnerable. Corren peligro de no ser estimados por la mayoría. A esto hay que añadir la reacción, a menudo espontánea, de una comunidad que rechaza y reprime psicológicamente lo que no encaja en lo acostumbrado. El hombre no desea ser comparado con formas de existencia que reflejen visiblemente los aspectos negativos de la vida. Es así que tiene lugar el fenómeno de la marginación como una especie de mecanismo de defensa y de rechazo. El de capacidades diferentes tiene necesidad de que otros se solidaricen, compartan y participen de su estado.⁴

f. Sujetos de investigación

La vulnerabilidad se presenta aquí en un individuo o grupo de personas cuando la capacidad de emitir juicios y tomar decisiones ha sido comprometida y no puede ejercerse en virtud de alguna incapacidad o posición en la vida. Más específicamente, se la ha descrito como “*la incapacidad sustancial de proteger sus propios intereses debido a impedimentos tales como la falta de capacidad para dar un consentimiento informado, la falta de medios alternativos para obtener*

⁴ Cf. Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud, *Dolentium Hominen*, N°54, 2003.

atención médica y otros servicios en cuanto a necesidades costosas, o el ser miembro auxiliar o subordinado de un grupo jerárquico (Comisión Jurídica del Reino Unido, 6). Esta misma Comisión Jurídica propuso que se denomine 'vulnerable' a una persona si 'por razones de vejez, debilidad o incapacidad (inclusive de desorden mental) esta no puede atenderse o protegerse de otros.'"

En el contexto de la investigación, vulnerabilidad supone incapacidad de protegerse a sí mismo de riesgos de daño. Muchos individuos o grupos de personas podrían ser consideradas vulnerables, pero ciertos elementos de vulnerabilidad como estado, gravedad, permanencia, fluctuación, situación legal o social y atributos étnicos del grupo, deben existir antes de conferir el estado de vulnerabilidad con respecto a la investigación.⁵

Condiciones físicas

Es preciso detenernos en una modalidad de vulnerabilidad que interesa de modo particular a la bioética, a la clínica en especial: la vulnerabilidad asociada a la enfermedad. Por ser espíritu y cuerpo sexuado, estamos expuestos al desafío a la integridad personal que plantea toda enfermedad, sea esta estrictamente somática o mental.

a) La enfermedad interrumpe y desorganiza el ritmo habitual de vida, pone en crisis las relaciones con el propio cuerpo y con el mundo en donde vive el individuo; es una situación que modifica o hace perder los compromisos profesionales y familiares que define la posición de cada uno en el contexto social. La persona que se enferma experimenta una especie de "desorientación de la propia identidad" que agrava la vulnerabilidad propia de la condición humana en sí. La enfermedad, a diferencia de la salud, que es una vivencia de integración, supone la "desintegración" en varias dimensiones. Se fragmenta la vivencia de la corporeidad como expresión de la identidad propia, bien sea porque se la objetiva como objeto de intervención biomédica, o porque se presenta con insistencia como área problemática ante el sujeto que la enfoca. Según el tipo de enfermedad, la vivencia de enfermarse puede suponer también 'desintegración' o captación de la propia vulnerabilidad ante la condición espacio-temporal del ser persona encarnada. La dificultad de movimiento, la restricción del lugar, la extrañeza de un sanatorio, al igual que la concentración en el momento actual de dolor o malestar, significan vulnerabilidad respecto de la ubicación de la persona en el espacio y el tiempo. Las relaciones sociales, familiares y laborales pueden quedar así interrumpidas o en suspenso.

b) La enfermedad significa amenaza, frustración y pérdida no sólo para el enfermo sino también para su familia. En efecto, no sólo pone en peligro la estabilidad económica y social de la familia sino también la relacional y emotiva: cuestiona el equilibrio alcanzado y puede hacer renacer viejos problemas no resueltos y adormecidos.

c) A nivel de trascendencia, una enfermedad puede poner en duda hasta la vinculación con Dios, quien, según la espiritualidad cristiana, es benévolo y poderoso. La energía espiritual del enfermo pueda quedar comprometida, experimentando tanto su fuerza como su debilidad.

d) La experiencia de enfermedad ciertamente es distinta para cada individuo y depende de una serie de factores: gravedad, tipología y modo como surge la enfermedad misma; el momento en

⁵ Cf. Arboleda Flores, Julio, "La Investigación en sujetos humanos: poblaciones vulnerables", en: *Pautas éticas de investigación en sujetos humanos. Nuevas perspectivas*, OPS, 2003, págs.130 -131.

el que se verifica; la personalidad del paciente, su edad y sus anteriores experiencias en este campo; la capacidad de la familia y del ambiente hospitalario para responder a sus exigencias. Las diferencias en reacciones pueden explicarse en parte por el modo como el paciente percibe la enfermedad, por el valor que le atribuye; es decir, en base al significado que la enfermedad tiene para cada persona. La persona puede percibir la enfermedad con temor, experimentar una radical vivencia de la propia condición finita y contingente, e inclusive padecer un intenso temor a la muerte o más bien al proceso de morir, o a todo lo que un estado terminal entraña en cuanto a dependencia, dolor, impotencia, sentimiento de abandono. Ello puede conducir a la depresión ante la pérdida, que se sospecha irreversible, de funciones físicas, psíquicas y sociales. La depresión puede derivar en sentimiento de frustración, ira y agresividad.

e) Quienes atienden y cuidan profesionalmente al enfermo reconocen la vulnerabilidad de la persona - paciente. Se genera una relación asimétrica entre, por un lado, el profesional con autoridad en el orden del conocimiento, en destrezas tecnoclínicas y en estatus y legitimidad social y, por otro lado, el paciente vulnerable en razón de su dolencia. La desintegración y la experiencia de pérdida de parte del paciente lo colocan en una posición de dependencia y vulnerabilidad adicional en cuanto al cuidado que ha de recibir. La persona del paciente, al consultar o establecer el diálogo inicial en la relación, se coloca en posición vulnerable: es la situación existencial de quien pregunta admitiendo abiertamente su desconocimiento sobre un asunto vital. La apasionada inquietud por explicarse la dolencia debe generar la compasión y la respuesta responsable del profesional. La compasión es la manera fundamental de colocarse a disposición del otro de modo de despertar confianza. El paciente se preguntará también en qué medida la autoridad del profesional en salud se ejercerá ante su vulnerabilidad: con solidaridad o tal vez con un poder que abuse de las desventajas del paciente. La asimetría entre profesional de salud y el paciente no es mera formalidad social, sino una condición existencial de profundas y radicales implicancias éticas.⁶

Toda vulnerabilidad puede agravarse asimismo por la desidia culpable y la negligencia de los hombres hacia otros hombres, con lo cual la vulnerabilidad se transforma en objeto de injusticias. Inclusive en algunos casos se generan nuevas formas de vulnerabilidad. De esta consideración pasamos directamente a las implicancias éticas de la vulnerabilidad.

Implicancias éticas de la vulnerabilidad

1. Resumamos el sentido de la vulnerabilidad esencial para identificar algunas de sus implicancias éticas. Somos seres en proceso de realización individual de un plan, de seguimiento de una naturaleza o esencia compartida con las demás personas, o de escucha de una vocación encomendada por el Creador Providente. Así pues cada uno experimenta disposiciones de espíritu y cuerpo para un desarrollo y una realización según un ordenamiento integrador de su ser. En toda dificultad para vivir en, por, y para la verdad y el bien que orientan el pensar y la libertad; en todo escollo para crecer en y para el amor, se vislumbra el sentido esencial de la vulnerabilidad como experiencia profunda, a menudo manifestada como ansiedad o angustia vital. Cualquier impedimento o desviación del proyecto personal puede experimentarse como distorsión y frustración conducente a posibles estados de inexplicable tristeza o angustia, de agitación ante el peligro de desintegración de la totalidad personal. Esta es nuestra vulnerabilidad radical o esencial de nuestro ser como ser en el tiempo y en el espacio.

La vulnerabilidad en su sentido esencial debe ser evaluada antropológicamente en el marco de la dignidad inherente al ser persona. Por consiguiente, la vulnerabilidad debe ser aceptada,

⁶ Tema de la IV Jornada de Bioética.

respetada en uno mismo y en el otro. La exigencia ética ante la vulnerabilidad esencial es la autoconciencia, el fortalecimiento del carácter por medio del cultivo de las virtudes, la búsqueda de una sabiduría sustentada en el pleno reconocimiento de la verdad y el bien correspondiente al ser persona. Se trata de cultivar la integridad en sus cuatro sentidos principales o, dicho metafóricamente, “solidaridad consigo mismo” como condición para fomentar esa solidaridad en su dimensión comunitaria. Reconocer la dignidad, integridad y trascendencia de la persona es un recurso esencial para respetar la vulnerabilidad propia de la existencia personal y para responder con una auténtica solidaridad para con el otro.

Dimensión ética de la interpretación de la vulnerabilidad circunstancial

Hemos dicho que hay desafíos a la integridad de la persona y vulnerabilidades asociadas a las circunstancias históricas, culturales, psicosociales y físicas en la cuales se desarrolla necesariamente la existencia humana. Cada aspecto de la vulnerabilidad se puede experimentar con mayor intensidad a raíz de la propia interpretación antropológica y ética.

2. Ser y hacer solidario y benévolo

Solidaridad y Beneficencia

El principio de beneficencia incluye, más que prevenir el mal, hacer el bien. Con frecuencia exige hacer el bien suponiendo un sacrificio o renuncia personal de parte del agente moral. El cuidado benevolente y reverente del vulnerable o vulnerado por la enfermedad, pobreza o por alguna condición de la vida, no es una mera opción moral. Es más bien una obligación humana para ser afirmada y fortalecida por la convicción cristiana al servicio de los miembros menos afortunados de la comunidad humana. El sufrir con el otro o la *con-pasión* pertenece a la condición comunitaria del ser persona.

Vulnerabilidad y justicia

La persona o comunidad que goza de ventajas o condición privilegiada en relación con otras vulneradas o vulnerables, tiene la responsabilidad de remediar la injusticia y restaurar el orden justo para equilibrar la desigualdad. Podría decirse que un individuo que continúa beneficiándose de la desigualdad e injusticias cometidas por otros es cómplice de hacer prevalecer la injusticia, aun cuando no sea responsable de iniciar la acción o secuencia de actos que condujeron a la situación de desigualdad. Es preciso que participe en acciones conducentes a remediar la condición inicial o al menos abstenerse de contribuir a que la misma continúe.⁷

Vulnerabilidad y solidaridad

Introducimos ahora el concepto solidaridad en su relación con la vulnerabilidad; en la tercera presentación expondremos su carácter ético en cuanto principio, deber, virtud y actitud exigidas por la dignidad de la persona en comunión interpersonal.

* Etimológicamente, la palabra solidaridad tiene raíces latinas (*in solidum*), pero su origen próximo se encuentra en la lengua francesa del siglo XVII, que es donde apareció por primera vez el adjetivo “solidario” (después vinieron los términos “solidariamente” y “solidaridad”).

* Conceptualmente, la solidaridad establece una responsabilidad compartida mancomunadamente por determinados sujetos vinculados a una tarea o acción concreta. Según

⁷ Loewy, Erick, *Freedom...* op. cit., págs. 220 – 22.

el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, el adjetivo solidario indica: “Adherido o asociado a la causa, empresa u opinión de otro. Aplicado a las obligaciones contraídas in solidum y a las personas que las contraen.” Así pues surgen dos aspectos que permanecen: pluralidad de sujetos unidos en un proyecto común e indivisibilidad de los compromisos asumidos. Con el paso del tiempo, esta concepción de la solidaridad fue transformándose y enriqueciéndose, adquiriendo características mucho más complejas y matizadas que las que pudo tener en su origen.⁸

* La solidaridad en el ámbito internacional, tanto civil (político, económico, jurídico) como religioso, se refiere actual y principalmente a los derechos humanos denominados de “tercera generación” o “derechos de solidaridad” y “derechos de los pueblos”.⁹ Si preguntamos a quién vinculan los deberes correlativos a los derechos de solidaridad, qué institución se hace responsable o cómo podría subsanarse una infracción a los mismos, las respuestas no son tan sencillas ni precisas. No obstante esta jornada se propone una aproximación a la respuesta. Anticipando esta respuesta podemos prever que la solidaridad es un valor moral de auténtica objetividad que debe hacerse presente en las estructuras sociales para que la humanidad muestre signos de esperanza reales y se desarrolle en paz y justicia.

* La solidaridad humana dignifica a la persona en dos sentidos: dignifica al propio sujeto que actúa en un momento concreto a favor de un prójimo necesitado, y dignifica a quien tenía vulnerados sus derechos y es socorrida por el acto solidario. La acción solidaria dignifica en ambas direcciones y no puede ser de otra manera, pues por definición la persona es individuo con su correspondiente intimidad y clausura, pero también es un ser en relación, deseoso de donarse a otras personas. Enraizado en la dignidad de la persona, la solidaridad se presenta como un principio con una función esencial.

La aportación fundamental de la solidaridad como principio en su aplicación más rigurosa a la convivencia humana radica precisamente en cuestionar el prejuicio egoísta, ese dogma que nos ubica en una isla en medio de un mundo hostil y que nos exige exclusivamente no hacer daño a los demás o, en todo caso, cooperar con el otro cuando nuestro interés egoísta se beneficie de ello. En este sentido, el principio de solidaridad critica abiertamente la idea de que no debemos nada a los demás.¹⁰ De este principio se desprenden deberes:

El deber solidario viene siempre asociado a la obligación de actuar ante las situaciones de flagrante desigualdad, provocadas por la falta de respeto a derechos humanos fundamentales y que son causa de graves daños para la persona o personas que los soportan. Además, desde una comprensión dinámica de la existencia, cuando no se pone remedio a las calamidades, sus efectos se agravan continuamente, por lo que la omisión de deberes es causa de grandes males. En ética, con bastante frecuencia, la frontera entre “no hacer el mal” y “dejar de hacer el bien” resulta imperceptible.

Los deberes de solidaridad, como hemos de exponer en la tercera presentación, son deberes positivos anclados en el principio de la beneficencia.

A modo de resumen podríamos señalar una correspondencia entre la vulnerabilidad inherente a la condición humana y la solidaridad como disposición interna. La aceptación de la propia vulnerabilidad facilita la actitud y anima la virtud de la solidaridad. La vulnerabilidad circunstancial es una exigencia a la acción comprometedora del deber y la observancia del

⁸ Cf. Velasco, Juan María, *La bioética y el principio de solidaridad*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2003.

⁹ *Ibíd.*, 221.

¹⁰ *Ibíd.*, 220.

principio de solidaridad. Finalmente, la vulnerabilidad resultante de acciones injustas cristalizadas en instituciones sociales debe ser contrarrestada por la solidaridad como valor estructural de la sociedad en sí.

Según una perspectiva orgánica, la totalidad de un tema no puede quedar analizada en sus partes sin más ni más: es preciso auscultar esas partes en su interdependencia para configurar el sentido de la totalidad, de modo tal que a esa totalidad se la interprete dinámicamente en la interacción de sus diversos aspectos. Así pues, en relación con el tema de la vulnerabilidad y el tema de la solidaridad, consideramos no sólo los aspectos internos de la persona en sí vulnerable y llamada a una actitud interna de solidaridad, sino que consideramos la dimensión externa o la vulnerabilidad circunstancial. En este caso la institucionalización de la vulnerabilidad es expresión de la injusticia de unos contra otros; la solidaridad se constituye entonces en un deber para con quienes están en situaciones asimétricas, y es pilar estructural de toda convivencia.

La solidaridad entendida como la *“determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común”*, es decir por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos, es el propósito de una nueva visión del mundo y de la historia. Fundada en la primacía de la persona, la solidaridad asume su labor principal y urgente: promover el valor intrínseco de la vida humana al igual que protegerla en todas sus etapas y en todas sus condiciones, particularmente cuando más vulnerable se presente. Y ello a nivel global.

1. Pero esa globalización se inicia en la persona misma del dirigente, quien asume la actitud solidaria y cultiva la virtud de la solidaridad. Benedicto XVI exhorta al dirigente con palabras evocadoras de la más profunda nobleza humanitaria: *“Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Deben distinguirse por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes (entiéndase también dirigentes y no sólo el voluntariado caritativo), además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo, una formación del corazón.” DEUS CARITAS EST*

2. La globalización de la solidaridad debe ser el horizonte que nos ayude a construir una sociedad justa y fraterna, donde la vulnerabilidad intrínseca al ser persona sea respetada y considerada en su sentido antropológico como indicador de nuestro ser finito, contingente, dependiente de Dios y ubicado en las coordenadas del espacio y tiempo.